





**ESPEJISMOS  
CON STANLEY KUBRICK**  
**RELATOS NOVELESCOS**

**JUAN MIHOVILOVICH**



**SIMPLEMENTE**  
EDITORES

© de los textos: Juan Mihovilovich

© De esta edición:

Simplemente Editores SpA  
Príncipe de Gales 5921 oficina 910

Teléfono: 56 2 2752 0057

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual: 239792

ISBN: 978-956-8865-41-2

**Diseño y diagramación:**

Sergio Cruz

**Foto del autor:**

Vania Mihovilovich Godoy

**Foto portada:**

Andrés Mihovilovich Godoy

**Impreso en:**

Donnebaum

Marzo, 2017

Ch863

M636e Mihovilovich, Juan, 1951-.

ESPEJISMOS CON STANLEY KUBRICK

Juan Mihovilovich. — 1a. ed. —

Santiago de Chile : Simplemente Editores, 2017.

150 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-41-2

Cuentos chilenos. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

**ESPEJISMOS  
CON STANLEY KUBRICK**  
**RELATOS NOVELESCOS**

**JUAN MIHOVILOVICH**





*“Un sueño, por ejemplo,  
es siempre una pura verdad.  
¿Cómo puede mentir?”*

**(Ernesto Sábato / “Abaddón el exterminador”)**

*“¿Quieres irte lejos de mí? Muy bien,  
es una decisión perfectamente respetable.  
Pero, ¿a dónde vas a ir?  
¿Dónde está ese lejos de mí?”*

**(Franz Kafka / “El silencio de las sirenas”)**



*A Valeria González Aguilar,  
con gratitud...*

*A Cristian Warnken Lihn,  
por las luces que vienen...*

*A mi hijo Pablo,  
porque la dirección siempre está en tu corazón...*



## (Espejismos)

Me llamo Iván Aldrich, lo que no significa demasiado, salvo que ayuda a individualizarme y a conformar parte de mi personalidad. Suelo identificarme con una especie de sueño inconcluso, como la mayoría de los sueños, así se trate de imágenes dormidas o en vigilia dentro de un espejismo que me niego a dejar conscientemente. Y al soñar lo hago con mi origen, otro antecedente ilustrativo para quien pretenda hacer uso de su legítimo derecho a conocerme. A lo lejos divisó un diminuto punto azul que, mirado en perspectiva, puede ser el sitio de mi estadía o de mi adiós. Depende. Sueño entonces con mi nacimiento, y es probable que tal hecho sea común a los que también se desvelan al indagar sobre una idea aproximada que justifique la venida a un mundo indeseable y al que, por desgracia, accedieron. Estoy extraviado en medio del espacio sideral y en la penumbra que me rodea busco un albergue que pueda cobijarme. He ido descartando territorios como si se tratara de un juego de ruleta que predetermina un azar inexistente. Se trata de mi descenso o mi ascensión, según las creencias o sentimientos personales. Tengo la impresión de pertenecer a un filme que difusamente intenta penetrar en mi memoria. Aun así, hay imágenes nítidas que me permiten deducir que soy el fragmento de una filmación esencial de Stanley Kubrick, el cineasta neoyorkino que revolucionó en gran medida el séptimo arte en los años sesenta del siglo veinte y cuya atracción me resulta inevitable. Ciertamente, no he visto la película y por lo mismo, si alguien considerara a priori que mi nacimiento es un plagio está absolutamente alejado de la realidad, cualquiera sea el concepto que de ella tenga. Probablemente dicha cinta tampoco se ha comenzado o terminado y Kubrick sea un niño que gatea por algún pasillo de una casa solariega, o esté tan perdido como yo

queriendo sobrevivir al amparo de una familia de alcohólicos crónicos o de esquizofrénicos. Tengo claro que mi parecido físico futuro con dicho personaje es asombroso y desde ya constituye una evidente tentación para que mi hijo mayor comience a bromear con alcances que no me resultan infantiles. Por ejemplo, el que me haya enviado por *mail* una reciente fotografía del director, que encontró arrumbada entre unos libros en el mercado persa de la capital, mientras hurgaba artículos en desuso que pudieran tener un valor rescatable. La imagen lo refleja junto al ejemplar de una de mis novelas, la que, en mi fuero interno, más allá del adverso escenario, siempre he creído notable y que por alguna razón misteriosa es posible que alguien haya adquirido y en consecuencia, leído. Claro, es una mera hipótesis, ya que la duda por mi talento ha sido manifiesta y tiendo a pensar que el supuesto comprador ni siquiera pasó de las primeras páginas, más aún si el texto abrumba a cada instante con preguntas como, ¿Me entiende? ¿Se da cuenta?, y otras frases de estafalaria inquisición que pretenden jugar con la inteligencia del lector. O, dicho de otra forma, de procurar hacer patente su ignorancia, su estupidez cultural y ciudadana como si fueran seres ínfimos, desechables o de utilería. Así y todo, soy presa de esa incertidumbre que juega con mi vanidad personal: si el hipotético lector no ingresó de lleno al contenido de mi novela es, o porque tuvo miedo de encontrarse consigo mismo o porque la historia, si se tratase de una historia, no logra involucrar a nadie medianamente perspicaz, lo que no se contrapone a esa persistente idea de que todo individuo es más bien objeto que sujeto. Ya que mi primogénito también alude al parecido circunstancial con Kubrick me doy el trabajo de hacer las comparaciones del caso. Es verdad: las semejanzas externas son decididamente considerables, si se mira el retrato que tengo a mano en configuración presente y futura, además de haberse enfocado

el lente a cierta elevación. La misma frente amplia, ceñuda, siempre al acecho o en la actitud desconfiada de quien cuestiona todo y nada vale la pena. Asimismo, esas grietas implacables en las mejillas, que más que una amenaza, constituyen la cruda realidad de una erosión facial próxima y completa. Idénticos ojos entristecidos en su agudeza y que pugnan por salir de sus débiles órbitas tras una urgente atención oftalmológica o, decididamente, psiquiátrica. Naturalmente la segunda opción es válida, pero como el miedo a lo evidente ha sido y es un miedo congénito, esquivo la propuesta y asumo que la vejez incipiente es lo único que nos hermana, aunque sea otra de esas tretas habituales con que me autoengaño o le miento a los demás. A esos que, puestos en mi balanza personal, terminan siendo nada y que confrontados al pobre espejo de mi imaginación resultan siempre ser yo mismo. Podría seguir eternamente en estas disquisiciones carentes de sentido, pero debo apurar mi inminente nacimiento, antecedido de una trágica concepción ideada por una naturaleza exenta de alternativas, así que es preciso que decida pronto dónde alojarme, que asuma urgente mi declinación témpora espacial convertido en ese risible y minúsculo espermatozoide que me hermana con la especie humana. O que simplemente me separa de ella. Lo que viene a continuación no es demasiado original, como nunca lo ha sido entrometerse en una relación sexual cualquiera y cuya ausencia de amor constituye un atributo de la procreación. Sé que mi destino es una porosa cavidad intrauterina, tras esa fecundación ovular como culminación o punto de partida de la broma cósmica. Además, y ese es su corolario, debo tener claro que la elección trae aparejado un diminuto retazo terrenal ubicado en un extremo decadente del continente sudamericano, donde más temprano que tarde se me revelará el espejismo de la vida racional. Cierto: apenas cumpla los diez años, quien posiblemente será mi